

el truco por el truco

USTED y yo estamos sentados en este diván; debajo hay una bomba de relojería: yo lo sé, así como la hora en que va a estallar. Hagamos tranquilamente hasta que la bomba explote... o no explote. Esto es el suspense, definido por el propio Hitchcock. Se podrían encontrar otro puñado de definiciones que, a lo largo de su vida, le ha gustado dar para precisar algunas de sus posiciones, para explicar su método. Pero las películas de Hitchcock son mucho más elocuentes que sus justificaciones.

Confieso —vaya esto por delante— mi relativa estima por este realizador inglés afincado en Hollywood. No puede por menos de reconocerse, al afrontar el «caso Hitchcock», su sabiduría formal —que llega a momentos de gran brillantez incluso— y su poder de captación del público. Pero detrás de este fantástico juego malabar con que suele obsesarnos en cada película puede decirse que no hay prácticamente nada. Porque todo film de Hitchcock está montado sobre un truco; toda su inteligencia y su habilidad cinematográfica están empeñadas en montar el tinglado de este truco, sostenerlo y escamotearlo cuando sea conveniente. Se pensará que esto no es jugar limpio. Efectivamente: esto no es jugar limpio.

Recuerden «Psicosis», a mi juicio uno de los films más brillantes y, al mismo tiempo, más deshonestos de Hitchcock: el espectador ha visto cómo una mujer asesinaba en la bañera a Janet Leigh; el espectador retiene este dato, puesto que la imagen no deja lugar a dudas: una mujer ha asesinado a otra. Pues bien, esto es mentira: al final, Hitchcock se inventa la bonita historia del «transfer» de personalidad de Anthony Perkins, como se podría haber inventado que un paracaidista ha tomado tierra con el exclusivo propósito de disfrazarse de mujer y asesinar bellas rubias.

Otro tanto se podría decir de una de las escenas más irritantes de «De entre los muertos». James Stewart sigue a Kim Novak. La muchacha entra en un hotel. James Stewart la ve entrar. El espectador también. Pero cuando Stewart penetra en el edificio, la muchacha no aparece por ninguna parte; mejor dicho: nunca ha entrado allí; es decir, es como si el espectador se hubiese engañado... Precisamente aquí reside el juego sucio de Hitchcock: convencer al espectador de que se ha engañado cuando, en realidad, ha sido el propio realizador quien le ha tendido una serie de trampas para engañarle después tranquilamente.

Efectivamente: esto no es jugar limpio.

Pero mientras en algunos films la brillantez formal palia el estrepitoso truco, en otros es el truco quien se erige en único sostén de la película. Lo malo, claro, es cuando ni siquiera el truco puede apuntalar las débiles historias de Hitchcock. Esto es lo que pasaba en «Los pájaros». Esto es lo que ocurre en «Marnie, la ladrona». Sus dos últimos films son, posiblemente, los menos interesantes que ha realizado. Al abandonar, aparentemente, el truco e interesarse por las relaciones humanas de sus personajes, la debilidad narrativa de Hitchcock se pone en evidencia. En «Los pájaros» aún existía el reclamo espectacular de las aves enfurecidas atacando a la raza humana: una maravillosa idea de Daphne Du Maurier desaprovechada por el realizador. Pero en «Marnie» sólo queda el sustrato melodramático —en el que siempre se ha basado Hitchcock— sin ningún otro asidero. Fiel, sin embargo, a sus preferencias, nos cuenta una historia truculenta que guarda una cierta similitud con «Psicosis» en cuanto a la presentación de «Tippie» Hedren, emparentada psiquiátricamente con el personaje que incorporaba en esa película Anthony Perkins.

Marnie es una desventurada muchacha a la que asustan los truenos y los relámpagos, el color rojo y que tiene una irrefrenable propensión a la cleptomanía. Con esta criatura se casa un joven que está al frente de un negocio editorial. El muchacho trata de vencer todos esos complejos, a los que hay que añadir la frigidez sexual de la infortunada Marnie. Esta sentida historia nos la narra Hitchcock recurriendo a los más manidos efectos del llamado cine «psicológico» americano de los años cuarenta. La anécdota carece del más mínimo interés y Hitchcock, en esta ocasión, no ha estado, ni mucho menos, a la altura de su nivel más discreto. Sin duda, de no haber ido firmada la película por él, no hubiera despertado en el público la menor atención.

El estreno de «Marnie, la ladrona» ha provocado un incidente que, por su posible repercusión, conviene anotar. Tres escenas enteras y algunos planos más habían sido suprimidos de la copia que se exhibió después del día del estreno. Ante la protesta de unos críticos de cierta revista especializada, las escenas fueron restituidas a la copia y el espectador puede ver ya la película tal como fue autorizada por la Dirección General de Cinematografía para su exhibición. Señalamos este hecho por cuanto tiene de positivo el que una protesta, en base al derecho que tiene el público de contemplar sin amputaciones la película por la que ha pagado un determinado dinero en taquilla, haya sido atendida convenientemente.

JESUS GARCIA DE DUEÑAS

¡esta es CATANIA!

Una
de las cinco
componentes de
la gran familia
de estufas **MILAR**



P. V. P.
5.290 Ptas.

NOVÍSIMO MODELO, SISTEMA CATALISIS,
A BUTANO

Sólida estructura y bella línea.
Seguridad absoluta (sin óxido de carbono y sus peligros).
Altísimo rendimiento calórico;
válvulas de climatización.
Potencia regulable: máx. 2.500;
mín. 750 Kcal/h.
Consumo: máx. 150; mín. 60 gr. h

MILAR
INTERNACIONAL

CALOR DE HOGAR CON... MILAR